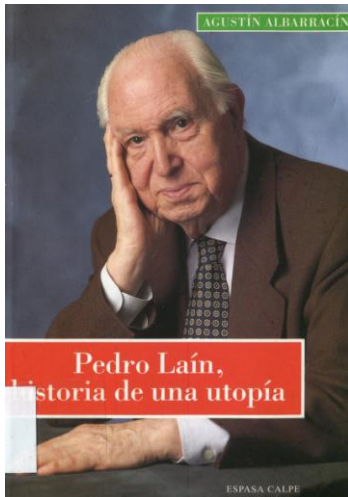


COMENTARIOS LAINIANOS - El discípulo habla de su maestro: *Pedro Laín, historia de una utopía*, de Agustín Albarracín

Por Antonio Villanueva



Agustín Albarracín Teulón, doctor en Medicina y Cirugía, profesor de investigación del CSIC, titular de Historia de la Medicina en la Complutense de Madrid, profesor extraordinario en la Autónoma, autor de libros y artículos profesionales..., fue discípulo de Pedro Laín Entralgo y mantuvo con él una relación amistosa durante muchos años. En 1988 publicó el monumental *Retrato de Pedro Laín*, ya reseñado en esta sección de "Comentarios lainianos", concretamente en el *Boletín Lainiano* número 5, que es una fuente fundamental para comprender al genio de Urrea. Y en 1994 editó el libro que ahora reseñamos, *Pedro Laín, historia de una utopía* (Madrid, Espasa-Calpe), cerrando magistralmente sus aportaciones a la bibliografía lainiana. En esa fecha ya era don Pedro octogenario largo y había fallecido su compañera de toda la vida, Milagro Martínez. El polígrafo aragonés encaminaba su prolífica vida "hacia la recta final", como él mismo tituló su etapa postrera.

El título del libro, *historia de una utopía*, presenta a un Laín idealista, forjador de sueños; y la foto de portada, donde don Pedro aparece en actitud reflexiva, insiste en la misma idea: introspección, reflexividad, serenidad de alma, rectitud moral. El contenido del volumen abunda en esa impresión: don Pedro va dando respuesta a cuantas preguntas le hace el autor en tono hondo, profesoral, demorado, muy lejos del simple *decir por decir* que se encontraría en una entrevista más periodística, televisiva.

Pedro Laín, historia de una utopía es claramente un libro de amigo, de discípulo. Albarracín Teulón no disimula su admiración por el maestro, cuenta incluso los encuentros mantenidos a lo largo de su vida, los momentos de convivencia de ambos con sus respectivos cónyuges, incluso dedica el libro a la esposa de don Pedro, Milagro, recientemente fallecida por entonces (1993). La lectura se hace amena, cada capítulo se corresponde con una conversación amistosa entre ambos protagonistas, digamos en el salón de la casa de don Pedro y casi "en bata y zapatillas", aunque por tratarse de personas de alta educación se mantiene en todo momento el trato de usted y un tono de contención emocional y respeto mutuo nunca vulnerado. La obra nos ofrece las charlas habidas entre entrevistador y entrevistado en algunas tardes de confianza amistosa. Desde luego, tanto para el investigador como para el simple y curioso lector, los testimonios que ofrece el libro son impagables. Ambos profesores charlan sobre el amor y la amistad, la muerte y Dios, el problema de España, el futuro de la Universidad... En fin, sobre todos los temas que interesaron a don Pedro a lo largo de su vida y a los que dedicó sus mejores momentos de reflexión.

Sobre el tema de España escribió mucho Laín: *España como problema*, *A qué llamamos España*, *Una y diversa España*, más de cien artículos de reflexión y análisis, conferencias... En *Las cuerdas de la lira*, defendió la visión de la patria como una lira multicolor y armoniosa, similar a la que inspiró a fray Luis en la "Oda a Francisco Salinas". Laín vivió siempre en España y en España murió. Le preocupó el problema español, que estudió históricamente con la esperanza de comprenderlo. Vivió ilusionado el fin de la dictadura y la llegada de la democracia, pero sintió temor por el auge de los separatismos. Ya Ganivet, en *El porvenir de España*, hablaba del desamor de Vasconia y Cataluña hacia la casa común, recordaba. Y Ramón y Cajal, en sus últimos años, pidió incluso la intervención *manu militari*.



¿En qué España vivió don Pedro? Albarracín, citando aquello de Aristóteles de que "el ser se dice de muchos modos", habla de cinco Españas diferentes:

- La España rural y caciquil, aragonesa y navarra, que vivió siendo niño.
- La España urbana y provinciana después, cuando empezó el bachillerato, en Teruel, Soria, Pamplona y Zaragoza.
- La España pugnaz y belicista, en Valencia y Madrid, Pamplona y Burgos, de la Segunda República y la Guerra Civil en la edad adulta.
- La España del desencanto, al comprobar Laín que la patria asuntiva y convivencial que él había soñado no era posible con un Régimen que solo sabía de revanchismo y depuraciones.
- La España, en fin, de la senectud, que retornaba a la democracia y en la que crecían los separatismos.

Todas estas Españas, dice Teulón, son reducibles a las dos de que hablaba Machado: la progresista y la conservadora, la centralista y la periférica, la España *roja* y la *azul*. A reconciliarlas, a hacer posible su convivencia en un proyecto viable donde cupiesen todos, dedicó don Pedro su vida y su esfuerzo.

¿De dónde proceden su querencia por el diálogo y la comprensión? Sin duda de los tiempos de su infancia rural y su primera juventud itinerante entre Soria, Teruel, Pamplona y Zaragoza. Don Pedro vivió en el seno de una familia mesocrática, con un padre liberal y emprendedor (el doctor Pedro Laín Lacasa, médico rural y partidario de Izquierda Republicana, el partido de Azaña) y una madre católica y conservadora (doña Concha Entralgo, hija de militar). Las diferencias ideológicas no impidieron la convivencia pacífica en el marco familiar, antes bien en aquella perdida Arcadia era norma el respeto a las ideas del otro, aun discrepantes de las propias.

Influyó mucho también en el carácter dialogante de Laín el marido de su tía Adela, don Ricardo Pradel, catedrático de Francés y Piano en los institutos de Soria y Pamplona, médico rehabilitador, represaliado por teósofo después de la Guerra Civil. Con ellos vivió Laín los años del bachillerato, de ellos aprendió el virtuosismo del trabajo bien hecho, la vida austera, la admiración por Antonio Machado... Con la vida urbana en las capitales de provincia españolas quedó atrás la vida de la aldea, "aquel dorado mundo primitivo" marcado por "el ritmo de las estaciones —la labranza y la siega, el trigo y el olivo, los frutos del estío, los frutos del otoño— y el ciclo indefectible y vario de las fiestas religiosas". Laín comienza su vida intelectual y sufre su primera crisis religiosa.

En el país se vive el problema vasco-catalán, el problema obrero, hay malestar en el ejército, el desastre de Annual y la guerra del Rif (1921), la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1929)...

Laín se marchó pronto de aquella Zaragoza en cuya modesta Facultad de Ciencias hizo sus primeros avances bajo el magisterio del profesor Rocasolano. Se asentó en el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, en Burjassot (Valencia). Allí recuperó la fe, que ya no perdería, y la preocupación política. El cristianismo del amor de fray Antonio Torró, experto en ascética y mística, lo cautivó. Allí descubrió el Mediterráneo: para él, joven mesetario, un desconocido exotismo de palmeras, naranjos, casas blancas y azules marinos.

Tras terminar sus estudios de Química en Valencia, se fue a Madrid, capital de la España "una y diversa" en la que conviven el nacionalismo vasco-catalán, el carlismo navarro, el socialismo bilbaíno, la lucha sindical entre la UGT y la CNT... Trató a las figuras más destacadas del Madrid de los años treinta: Marañón, Jiménez Díaz, el psiquiatra Sanchís Banús, el "santo laico" Madinaveitia... Conoció a Milagro, hija de un dermatólogo de Sevilla, novia primero y esposa después.



En España, a la dictadura de Primo sigue la "dictablanda" del general Berenguer, la sublevación de Jaca... Laín se siente un "joven católico", "de derechas", aunque no monárquico. Con su hermano José, socialista, y otros amigos, proclaman el 13 de abril del 31, en el café María Cristina de Madrid, la República, antes de que fuera oficial. En 1932, con una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios, se va a Viena donde traba amistad con Juan Rof Carballo. Intenta sin éxito ganar una plaza en el Manicomio de Valencia. Por mediación de su suegro, lo logra en Sevilla en 1934. Poco después, ingresa como psiquiatra en Valencia y se casa con Milagro.

Por estas fechas Laín quería una relación (im-)posible entre catolicismo y socialismo. Su hermano José huye a Francia, tras participar en los sucesos de Asturias del 34. Su madre, destrozada por la preocupación, muere al poco tiempo. Las dos Españas se enfrentarían poco después en guerra fratricida.

En 1936 nace su hija, va a Santander llamado por Barcia Goyanes a un curso de verano de la Acción Católica. El 18 de julio se produce el alzamiento franquista. El Frente Popular domina el Norte, desde Guipúzcoa a Asturias. Pedro y José se encuentran en Santander y se abrazan antes de separarse. José va a Madrid y se une a los republicanos, Pedro pasa a Francia y desde Saint-Jean-Pied-de-Port llega a Pamplona, zona nacional, para luchar contra el materialismo histórico, los separatismos, el desorden social. Conoce a Millán Astray, ingresa en Falange atraído por José Antonio, asiste al ingreso de Eugenio d'Ors. Le impacta la ejecución sumarisima de un enemigo y decide no tomar jamás las armas, tratar de comprender al otro, aunque su punto de vista sea distinto. Al poco tiempo recibe la noticia de que a su suegro le han dado "paseílo" los falangistas en Sevilla. Y que, en Urrea de Gaén, los nacionales primero y los cenetistas después asaltaron la casa familiar.

Todo son desastres a su alrededor. Su maestro, el doctor Juan Peset, es fusilado por los nacionales. Su hermano José tiene que exiliarse en Rusia. Su cuñado, el marido de Concha, está preso en el campo de concentración de Albaterra. Consigue que lo liberen y se exilia, primero en Francia y luego en Venezuela, para no volver nunca a España. Todas estas vivencias hacen a don Pedro ahondar en su proyecto de comprensión: evitar que la violencia de la sangre se volvieran a repetir en nuestro país.

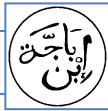
Tras la contienda, la cátedra en la universidad. A Laín nunca le gustó el ambiente materialista de su tiempo y siempre lo combatió. Los materialista del XIX consideraban que el pensamiento era una secreción del cerebro y que el amor, más que un sentimiento, consistía en una secreción de endorfinas. Esta visión grosera del amor y la vida psíquica del hombre nunca fue del gusto de don Pedro, quien en sus últimos años, apoyado en las teorías de su amigo Xavier Zubiri, defendió un monismo emergentista basado en la estructura dinámica del cerebro.

El amor fue un tema que atrajo su reflexión. Aquel "Dios es amor", el cristianismo amoroso que aprendió de fray Antonio Torró en el colegio de Burjassot, le hizo escribir las brillantes páginas de *Teoría y realidad del otro* y *Crear, esperar, amar*.

"El amor es un estado psico-orgánico del hombre, de todo el hombre, que se le manifiesta como sentimiento y le mueve a procurar el bien de una cosa, una obra humana o una persona", le dice al doctor Teulón.

Laín distingue entre *amor in genere*, amor erótico, *pasión* (que se corresponde con el estado de enamoramiento) y *cariño* (propio del matrimonio).

"Creo que el amor de matrimonio es un hábito creado después del enamoramiento, pero perdida la vehemencia del amor-pasión".



Diferencia también entre *amor distante* (o de lejos) y *constante* (en el doble sentido de que tiene "vocación de siempre" y de que consta, porque es evidente o manifiesto). Recuerda a Aristóteles, para quien el amor es hipérbole, exageración.

¿Por qué nos enamoramos? Pues porque somos seres menesterosos. Porque necesitamos abrirnos al otro, superar nuestra indigencia existencial. La *amistad* es una forma del amor. Laín habla del caso griego, donde amistad y homosexualidad llegan a confundirse; también habla del grupo homosexual nazi de las S. A., exterminado por Hitler en 1934 en la "Noche de los cuchillos largos" (suceso, por cierto, magníficamente llevado al cine por Visconti en *La caída de los dioses*). La amistad no es simple camaradería, relación de proximidad o compadrazgo. Para que sea auténtica, debe haber en ella *benevolencia* (los amigos deben perdonarse, ayudarse mutuamente), *confidencia* (deben entregarse intimidad, confesión), autodonación. Pero no debe confundirse la *confidencia* (que se cumple con el amigo) con la *confesión* (realizada ante el juez o el sacerdote). Como dice Le Chevalier:

"la confidencia está dentro del pudor y la confesión más allá de él".

Él vivió su personal relación de amistad con el llamado "grupo de Burgos" (Tovar, Ridruejo, Torrente, Marichalar, Vivanco...), cuyos miembros tuvieron una relación franca y cordial, se apreciaron y leyeron hasta el fin de sus días. Ellos constituyeron una especie de reserva literaria del Régimen, un aderezo para el lucimiento. Segregados, parias oficiales, fueron el "ghetto al revés" en acertada expresión de don Pedro.

Como intelectual, fue Laín hombre de apertura. Valoraba el "Conviene que haya herejes" de San Pablo; rehuyó el integrismo de la universidad de su tiempo, dominada por la iglesia y el *Opus*; se opuso a las depuraciones de catedráticos en los 50 (García Calvo, Aranguren, Tierno Galván). Criticó la ibérica dialéctica del "sostenella y no enmendalla", a la que opuso su personal "entonar la palinodia", el cristiano *mea culpa* de un creyente sincero. Solía decir, con Kierkegaard,

"lo difícil no es ser cristiano; lo difícil es seguir siéndolo".

Le interesaba la vida española como posibilidad. La España viable, de la convivencia, el conjunto y la confederación, que evitara por siempre jamás las guerras fratricidas. Español esperanzado, teorizó sobre el "vivir esperando", "vivir en expectativa", la *beata spes* de San Pablo. Hizo suya la frase de Kant:

"Vive y actúa como si de tu esfuerzo dependiese que se realice lo que esperas o desearías poder esperar".

Influido por el *Deus charitas est* de San Juan, por el Scheler de *Ordo amoris*, por Zubiri, se quejaba de una iglesia demasiado humana en el comportamiento y demasiado integrista en el dogma. Inició con algunos amigos las "Conversaciones de Gredos", ensayo de un catolicismo aperturista imposible en la España de Franco. Buscó en la historia para entender la escisión de los españoles. Y teorizó sobre el método de las generaciones que había aprendido de su maestro Ortega, para superarla. Fue un incansable indagador del problema de España, el irresoluble rompecabezas de nuestra identidad como nación.

Todo esto y más cuenta Agustín Albarracín en poco más de 150 páginas admirables, amenas, entrañables, llenas de anécdotas, referencias, citas... Un libro que ayuda a comprender a nuestro sabio. *Pedro Laín, historia de una utopía*: un libro para no perderselo.